

## **La crítica de las masas, entre el conservadurismo liberal, la democracia social y la izquierda radical**

Eugenia Fraga

IIGG-UBA-CONICET

euge.fraga@hotmail.com

Resumen: Tanto en Europa como en Norteamérica, diversos autores reflexionaron, a lo largo del siglo XX, acerca de los fenómenos de “masas”, desde la cuestión de las masas en las calles hasta el tema de la cultura de masas. Sin embargo, no todos ellos adoptaron la misma perspectiva al hacerlo, especialmente en cuanto al lugar otorgado, en el contexto de las situaciones de masa, a las posibilidades y limitaciones de la “crítica”. Así, las lecturas se pueden dividir en tres grandes grupos: entre las décadas de 1900 y 1930 se concentraron las más conservadoras, en la de 1940 las más socialdemócratas, y entre las de 1950 y 1960 las más radicales. Analizaremos estas tres miradas sobre las conexiones entre masas y crítica en los siguientes autores y textos: 1) *Masa y público* de Robert Park, y *La rebelión de las masas* de José Ortega y Gasset; 2) *Hombre y sociedad en una época de crisis* de Karl Mannheim, *Comunicación de masas* de Paul Lazarsfeld y Robert Merton, y *La muchedumbre solitaria* de David Riesman; 3) *La elite del poder* de Charles Wright Mills, y *Tolerancia represiva* de Herbert Marcuse.

### Introducción

Tanto en Europa como en Norteamérica, diversos autores reflexionaron, a lo largo del siglo XX, acerca de los fenómenos de “masas”, desde la cuestión de las masas en las calles hasta el tema de la cultura de masas. Sin embargo, no todos ellos adoptaron la misma perspectiva al hacerlo, especialmente en cuanto al lugar otorgado, en el contexto de las situaciones de masa, a las posibilidades y limitaciones de la “crítica”. Así, las lecturas se pueden dividir en tres grandes grupos: entre las décadas de 1900 y 1930 se concentraron las más conservadoras, en la de 1940 las más socialdemócratas, y entre las de 1950 y 1960 las más radicales. Analizaremos estas tres miradas sobre las conexiones entre masas y crítica en los siguientes autores y textos: 1) *Masa y público* de Robert Park, y *La rebelión de las masas* de José Ortega y Gasset; 2) *Hombre y sociedad en una época de crisis* de Karl Mannheim, *Comunicación de masas* de Paul Lazarsfeld y Robert Merton, y *La muchedumbre solitaria* de David Riesman;

3) *La elite del poder* de Charles Wright Mills, y *Tolerancia represiva* de Herbert Marcuse.

### 1) Las masas en Park y Ortega

En *Masa y público*, de 1904, Robert Park traza una oposición fundante entre las dos categorías del título de su ensayo. Por un lado, la “opinión pública” sería “un fenómeno sociopsicológico que resulta del comportamiento crítico de varios individuos o grupos enfrentados”. Pero la opinión pública, categoría teórica, no es lo mismo que el “público”, o mejor dicho, que los públicos realmente existentes. Estos últimos constituyen “un tipo de grupo que, en gran medida, se mantiene en el mismo nivel de desarrollo de la conciencia que la masa”, una conciencia que, a diferencia de la opinión pública, no se caracteriza precisamente por su actitud crítica. En efecto, por lo general el público “no es más que un impulso colectivo carente de ilustración que puede manipularse con eslóganes”. Por esto mismo, “el periodismo moderno, del que se supone que instruye y dirige la opinión pública al informar y discutir sobre los acontecimientos, tiende a convertirse sencillamente en un mecanismo para el dominio de la atención social”. Por consiguiente, la opinión que surge de este periodismo conduce a un tipo de “juicio” y de “percepción irreflexiva”: la misma, esencialmente, por la que se moverían los agrupamientos colectivos de tipo “masa” (Park, 1994 [1904]: 404).

Las cosas, entonces, no son tan sencillas como masa opuesta a público. Así también, “precisamente porque hay que concebirla como el producto de las actitudes críticas individuales, la opinión pública se expresa de modo diverso en los distintos individuos”, es decir que habrá públicos más o menos críticos según el caso, según el grupo, según el tiempo y lugar, según el tipo de periodismo y el tipo de medio comunicativo de que se trate. Es que la opinión pública es un hecho aparentemente “objetivo”, pero que en realidad no es más que la suma de las diferentes opiniones personales y colectivas, esto es, “subjetivas”, y por ello moldeables, modificables, cambiantes. Los públicos, así, en tanto “puntos de vista subjetivos”, pueden acercarse más o menos al ideal de una opinión pública ilustrada, informada, “teórica” y con juicio crítico. Y del mismo modo, pero de forma indirectamente proporcional, los habrá que se asimilen menos o más al comportamiento - eminentemente “práctico”- de masa (p. 406).

Esta es entonces, para Park, la diferencia fundamental entre masa y público: el público puede ser crítico -o no-, pero la masa nunca lo es. Es que “dentro del público las opiniones están divididas” -por ello no hay un público homogéneo sino diversidad de públicos-, y estas diferencias fomentan el debate, la discusión y la controversia. El autor denomina así opinión

pública “a esa visión que se logra por medio de la crítica y al consiguiente efecto de ilustración del impulso colectivo que dominan sobre un público”: efecto de ilustración que entonces se deriva de la diferencia de opiniones. De lo que podemos deducir que, si un público se homogeneiza, “el público deja de ser crítico, se disuelve o se transforma en una masa”. Una masa es un público sin controversia, o también, un público es una masa con diferencias de opinión. “Precisamente ahí reside la característica esencial que distingue a una masa de un público: la masa se somete a la presión de un impulso colectivo al que obedece sin crítica alguna”. Porque la crítica parece ser motivada sólo en caso de que surjan diferencias que abran al debate (p. 422).

Por su parte, en *La rebelión de las masas*, de 1937, José Ortega y Gasset también distingue entre la masa y lo público. En primer lugar, las masas serían los movimientos “incivilizados” que, en nombre de la democracia, atacan con cierto “primitivismo” el orden elitista del pasado. Las masas, entonces, tendrían una faz positiva y otra negativa: por un lado, implican movimientos de “libertad” y “holgura”, “precondiciones” de “todo gran avance histórico” y, por ende, “clarísima obligación de toda época crítica”; por otro, según el autor, las masas son “petulantemente rebeldes”, pues no aceptan otra ley que la suya propia, por lo que arrasan con cualquier obstáculo frente al que se topen. Esta misma condición bifaz es la que el intelectual pretende para sí mismo: por un lado, añora el pasado hecho añicos; pero por otro, reivindica para sí “plena libertad de ideador” frente a aquello mismo que defiende, “imprescindible para franquear el paso a un futuro estimable” en tiempos de caos. Así, tanto las masas bajas como los altos pensadores compartirían, paradójicamente, destrucción crítica y autenticidad entusiasta (Ortega y Gasset, 1961 [1937]: 79).

Sin embargo, el autor se ocupa de separar claramente a ambas figuras, y lo que las escinde es la seriedad. Los personajes más aristocráticos -a los que también llama “señoritos satisfechos”- “se caracteriza por 'saber' que ciertas cosas no pueden ser y, sin embargo, y por lo mismo, fingir con sus actos y palabras la convicción contraria”, es decir, por actuar de modos que parezcan convencidos y resulten convincentes, en base a una actitud seria. En el polo opuesto, el “hombre-masa” -quien participa de las masas y tiende tendencia a formarlas- existe bajo la “tónica” de la “inseriedad”, de la “broma”: “lo que hacen lo hacen sin el carácter de irrevocable, como hace sus travesuras el 'hijo de familia’”. El hombre de la masa sería quien actúa de modo más leve, sin conciencia del peso de sus actos, ni de la irreversibilidad del paso del tiempo, mientras que la que podríamos llamar la “gente bien” no puede sino actuar cargando el peso de la irrevocabilidad y la responsabilidad de sus decisiones. Y esto, independientemente de que ambos tipos de persona hagan las cosas

correctas o incorrectas -aunque los actos de la masa sean considerados crímenes y los de la alcurnia meras travesuras- (p. 95).

Pero el hombre-masa también se distingue del sujeto de la “opinión pública”. Esta última es el lugar donde se consolidan como “normas firmes”, donde adquieren su “vigencia”, las tendencias y convicciones de un grupo, una región, una nación, o de la humanidad toda. Lo que no forma parte de la opinión pública, literalmente “no existe” -“ni siquiera como idea, como puro teorema, incubado en la mente de algún pensador”-. Ahora bien: las masas tienen ideas y deseos -por ejemplo, en torno a la creación y aplicación de ciertos nuevos “derechos” sociales, del pueblo-, que, en tanto aún no son aceptadas por la opinión pública generalizada, consisten, según Ortega, en “pretensiones frívolas”, pues “es inmoral pretender que una cosa deseada se realice mágicamente, simplemente porque la deseamos”. O sea: lo que la masa busca cambiar solo sería legítimo si logra convencer a la generalidad de la opinión pública. Lo cual no se vé cómo se lograría sino por medio de las movilizaciones y las “rebeliones” de masas, las cuales sin embargo, hasta tanto logran apoyo, siguen siendo vistas como ilegítimas e incluso inmorales (p. 169).

Dilema del hombre-masa que Ortega mismo señala: “el pueblo [...], al opinar sobre las grandes cuestiones que afectan a su nación, opina sobre hechos que le han acontecido a él, que ha experimentado en su propia carne y en su propia alma, que ha vivido y, en suma, son él mismo. ¿cómo va, en lo esencial, a equivocarse?”. El pueblo bajo posee, aun sin legitimidad, una “verdad”: verdad no “teórica” -como sí sería, aparentemente, la de la opinión pública o la de los intelectuales-, pero verdad al fin. “Verdad histórica”, “verdad viviente”, “verdad vital”, constituida por “los hechos insofisticables, gozados o sufridos”, que “precipitan” una forma de “razón”. Esa razón, entonces, presenta distintos grados de vigencia y aceptación, en una suerte de gradiente que va incrementando, de la masa o pueblo, a opinión pública nacional, a la reflexión de los filósofos o los científicos. Pero aunque la verdad de la opinión pública y del intelectual sean más legítimas, la verdad popular presenta otra forma de la superioridad: a diferencia de la primera, en la que abundan las discusiones “doctrinarias” y “partidistas” -que Ortega ve como problemáticas-, la segunda es una razón “orgánica”, “congruente” -podemos decir homogénea- que por ello “tiene un valor y una fuerza superiores a todas las doctrinas”. Podrá padecer “errores secundarios y de detalle”, pero tomada como un todo no puede decirse -aunque no les guste a los señoritos- que sea “tóxica” (p. 182).

## 2) Las masas en Mannheim, Lazarsfeld/Merton y Riesman

En *Hombre y sociedad en una época de crisis*, de 1940, Karl Mannheim reflexiona sobre la

“sociedad de masas”, señalando sus costados cuestionables pero también los rescatables. Sobre todo, su “ventaja” sería que “en todos los procesos defectuosos deja abierta la posibilidad de que se formen en puntos discrecionales contracorrientes y autocorrientes”, movimientos de protesta contra los que se consideren problemas colectivos, lo cual le brinda una “elasticidad inaudita” respecto a sociedades anteriores. Esto es lo que, entre otras cosas, habilita la “crítica” que, por ejemplo, él mismo puede realizarle a dicho estadio histórico (Mannheim, 1969 [1940]: 92). Justamente por ello, para el autor la crítica a la sociedad de masas debe realizarse “responsablemente”, atendiendo al riesgo que, de otro modo, tendría un “efecto destructor” sobre esa ventaja suya recién mencionada. Criticarla responsablemente sería combinar el “ataque” a sus costados perjudiciales con la “obligación de proponer” mejoras concretas y vías para su realización. Pero nuevamente, es la misma sociedad de masas, con “las libertades que le son propias” -la libertad de atacar “los actos de los grupos que mandan” gracias a un “estado de dominación de las masas”-, la que permite el mecanismo de la crítica, el cual puede ser utilizado de la manera correcta, o no (p. 96).

El mal uso de esas libertades constituye entonces “obstáculos” al propio estado de cosas que las habilita. Esto es observable, por ejemplo, en las fases de “prevalcimiento de procesos demagógicos”, en los que, de parte de quienes poseen lugares de poder, “pasa por ser la más alta sabiduría [el] exigir fe ciega [al tiempo que] poder movilizar sin freno, en interés propio, todas las formas negativas del odio que [...] forman en unidad a una masa con mucha más facilidad que las finalidades positivas”. O sea que la consecuencia quizás más nefasta del mal uso de esas libertades es la utilización del poder para movilizar a las masas a partir del odio, en vez de en torno a sentimientos más constructivos. Lo cual requiere de despertar en dichas masas sus emociones más irracionales, sus afectos menos reflexivos. El efecto directo de esto es que entonces la “racionalidad” queda exclusivamente del lado de la crítica realizada por el “adversario” -por los enemigos de la sociedad de masas democratizada-. Mientras tanto, al interior del propio grupo de seguidores -devenidos meros “secuaces”- se eliminan las diferencias ideológicas internas, constriñendo todo debate sobre la “formulación de contenido sobre los propios fines”. En lugar de ello, se unifica a las masas en torno a “utopías” -que, “al mezclar los simples sueños del deseo con lo socialmente realizable”, es decir, al eliminar el “esfuerzo espiritual” indispensable en toda “tarea de dibujar” esos sueños, por medio de la “integración irreflexiva” de “humores negativos” como la “insatisfacción”, se coarta el espacio para la crítica- (p. 96-97).

Esta “crítica liberal, no controlada”, es el opuesto de la crítica responsable: aquella que se “inserta por la planificación” en el entramado social. En tiempos de la sociedad de masas, la

única adecuada es una crítica planificada y planificadora, puesto que, cada vez más, “el gobernar exige cada vez más conocimientos especializados y las cosas más importantes son decididas por las comisiones y no por los plenos”. Pero esto, lamentablemente, implica que, “el verdadero control no puede estar en la anuencia general y en la publicidad absoluta”, sino en las capas representantes, dirigentes, técnicas y expertas. Lo que quede por fuera de la planificación desde arriba corre el riesgo de convertirse en “charla irresponsable -sobre todo en la esfera de la política-”. En otras palabras, se trata de la paradoja de que, en la sociedad de masas, las decisiones no pueden ser “controladas ni dirigidas” por las masas (p. 97).

Esto se explica por “la inmensidad de la gran sociedad”, por la escala y complejidad a la que ella ha llegado. En las sociedades contemporáneas, los “canales de información y de crítica” deben entonces fortalecerse para que, a pesar de que en última instancia las decisiones sean especializadas, ellas respondan a las necesidades de la generalidad de la gente. Si no se “inserta” en ellas la crítica planificada, las sociedades nacionales se “hunden”, degenerando en “dictaduras”. “O bien el descontento estalla de modo que ya no se le puede insertar en el organismo social”: es decir, emergen “sublevaciones y contrarrevoluciones” cuyas demandas no pueden ya ser resueltas, porque “los grupos directores pierden el contacto con las células que forman la vida de la sociedad”. Se da, en definitiva, una ruptura insalvable entre las masas y las “burocracias”, que entonces carecen de todo “sentido de la realidad cotidiana” (p. 98).

En *Comunicación de masas*, de 1948, Paul Lazarsfeld y Robert Merton se centran en cambio en la relación entre “medios de comunicación de masas” y “públicos masivos”. Según muestran, en los últimos tiempos, públicos masivos logran ser “manipulados” a través de la “propaganda”, “técnica” de control menos directa -más subrepticia- que las formas más antiguas. Y quienes están en poder de estas técnicas de manipulación son los “grupos clave”, entre los cuales “el negocio organizado ocupa el lugar más espectacular”. Dada esta situación, viene habiendo cada vez más “preocupación con los efectos de los medios masivos sobre sus enormes audiencias”. La preocupación mayor es respecto de “la posibilidad que el asalto continuado de dichos medios conduzcan a una deposición incondicionada de las capacidades críticas” de las personas que confirman ese público, en la forma de un “conformismo no-pensante” (Lazarsfeld y Merton, 1948: 555-556).

O sea que las personas tienen facultades críticas que los medios masivos podrían estar poniendo en peligro. En efecto, “en la medida en que los medios de comunicación de masas han tenido una influencia sobre sus audiencias, ella se ha desprendido no solo de lo que en ellos se dice, sino aún más significativamente de lo que no dicen”. Por ello es que constituyen una forma de control y manipulación menos obvia, más difícil de captar. Estos medios,

entonces “no solo continúan afirmando el *status quo*, sino que, en la misma medida, fallan en proponer preguntas sobre la estructura de la sociedad”. Es decir que por un lado acompañan lo dado, ayudando a naturalizarlo, y por otro eluden explícitamente su cuestionamiento, especialmente en lo que hace a temas que podríamos llamar de fondo. Así es como orientan al público hacia el conformismo, “proveyendo muy poca base para una apreciación crítica de la sociedad”. Esto, claro está, por el hecho de que los medios de masas no son neutrales, sino que están “comercialmente *sponsorados*”, lo cual, aunque de modo indirecto, “restringe el desarrollo de una mirada genuinamente crítica” (p. 567).

Por supuesto, aceptan los autores, existen programas para ver y circulan artículos para leer que sí tienen un carácter crítico, pero estos constituyen más bien excepciones que la regla, por lo que “se pierden en el flujo abrumador de materiales conformistas” (p. 567). Además, la “estructura de propiedad y control” mercantilizada de los medios masivos no sólo constriñe la “crítica social”, sino también la difusión de “altos estándares estéticos” (p. 572). Según la mirada de Lazarsfeld y Merton, “con el crecimiento de la educación popular, ocurrió una aparente caída del gusto popular”. Un indicador progresivo, como ser la generalización de la educación para las masas, habría tenido la consecuencia indeseada de que esas masas consuman bienes culturales de peor calidad. Por ello los autores distinguen entre “literacidad formal” -la que, por suerte, habrían podido adquirir por primera vez la mayoría de las personas, la cual abarca la capacidad de leer y comprender “significados crudos y superficiales”-, y lo que podríamos llamar la “literacidad sustantiva” -la capacidad de comprender en profundidad lo que se lee, la cual no se habría difundido en la misma escala-. Este “bache” implica que “la gente lee más, pero entiende menos”, o mejor dicho, que “más gente lee pero proporcionalmente menos gente asimila críticamente lo que lee”. Este sería el problema de la educación masiva: no difunde las herramientas críticas para lidiar con la información que sí difunden los medios de masas (p. 569).

En *La muchedumbre solitaria*, de 1950, David Riesman plantea una mirada diferente sobre la “prensa” de masas. Al surgir la modernidad, y en contraste con lo que sucedía en épocas feudales, la llegada de la prensa a las zonas rurales “contribuyó a reestructurar actitudes y valores”. A medida que el campesino aprendía a leer, “no sólo adquiría una habilidad que producía escaso impacto en su carácter; antes bien, rompía de manera decisiva con el grupo primario, con la dirección tradicional. La prensa lo tomaba en ese momento decisivo y apoyaba sus pasos inciertos que lo alejaban del grupo primario, al criticar los valores de ese grupo y darle la sensación de contar con aliados en esa actitud, aunque fueran anónimos”. Es decir que, en contraste con la homogeneidad de opinión premoderna, la prensa moderna



otorga distancias, abre diferencias, y fomenta la crítica respecto de lo dado (Riesman, 1968 [1950]: 116).

En el entorno urbano y suburbano sucedería algo similar. Los grupos de pares -especialmente de jóvenes- intercambian opiniones entre ellos de tal modo que van generando un “estándar de crítica” propio que oponer a las informaciones recibidas en los “medios masivos”. O sea que aunque los medios puedan tender a uniformizar la opinión, siempre subsisten subgrupos culturales que divergirán de las miradas allí difundidas. Así, “bajo la apariencia de una permeabilidad superficial a los medios masivos” -e incluso “dentro de una adaptación superficial al grupo de pares”-, en realidad los niños mantienen siempre ciertas “áreas de intimidad” que constituyen fuentes de diferencia frente a lo que circula. Aunque la sociedad de masas sea una en que la tendencia general es a formar personas “dirigidas-por-los-otros” - en lugar de “dirigidas-desde-adentro”, como en los albores de la modernidad-, sobreviven en ella resguardos de subjetividad personal (p. 139).

Respecto de los objetos culturales de consumo masivo, Riesman opina que no es conveniente criticarlos de manera “indiscriminada” -como hacen los “grupos de veto” morales o también los “intelectuales”-, puesto que muchas veces y de formas “inesperadas”, “constituyen agentes liberadores” al presentar imágenes variadas del mundo social. Por eso, no puede decirse que la “cultura popular” sea consumida de un modo meramente “pasivo”, sino que puede movilizar a la acción de su “público”, o al menos al cambio de sus ideas (p. 356). Así, los “críticos de las artes populares” no lograrían ver “cuán buenas son muchas películas, novelas y revistas”, ni tampoco apreciar cómo, en torno de ellas, se generan círculos de crítica cultural lega, de intercambio de gustos por parte de las personas comunes, que entonces no conforman ningún “auditorio pasivo”, sino sumamente “creador” (p. 364).

De hecho en la sociedad de masas se posibilita la producción, por parte de las personas comunes, de todo tipo de objetos “artesanales”, “imaginativos”, “estimulantes”, “peculiares”, que compiten con los productos masivos e industriales, “estandarizados” -que también son sus hijos-. En torno de dichos objetos se crean verdaderas subculturas de “aficionados”, grupos que entonces se mueven por una “actitud activa y crítica” hacia los productos comerciales convencionales. Los llamados “hobbies” son fuente de “intercambio de gustos” y de crítica a la vez “autónoma” y colectiva, que mantienen a sus seguidores “alertas frente al mercado”. Aunque es cierto que estos grupos también se posicionan “a distancia de la invasión amenazadora de la muchedumbre”, del consumo masivo (p. 358-359).

Por todo esto, Riesman afirma que “el intercambio de gustos en el público popular constituye a menudo la base para aumentar la eficiencia en la crítica”, es decir que la cultura popular



desde la música hasta la televisión sí da lugar a la distancia reflexiva. Por el contrario, criticar la cultura de masas equivaldría a criticar la producción en masa de la cultura. Urge entonces distinguir dos etapas en la modernidad de masas: en un primer momento, efectivamente “la producción masiva eliminó a las artesanías y abarató el gusto”; pero en la modernidad avanzada, hay una nueva situación “que corresponde llamar producción masiva de clases, en la que nuestra maquinaria industrial se ha tornado bastante flexible como para producir objetos de variedad y cualidad aún mayores que en la era de la artesanía manual” premoderna. Se trata, en otras palabras, de una “situación en la que resulta económicamente posible, por primera vez en la historia, distribuir novelas y textos, pintura, música y películas de primera clase a auditorios que pueden adaptarlas a pautas de ocio de gran individualidad” (p. 365-366).

Así, en opinión del autor, “las fuentes del pensamiento político utópico pueden estar ocultas y cambiar constantemente, utilizando cada vez un nuevo disfraz”. Si en la primera etapa de la modernidad los elementos críticos no pertenecían a las masas, en la sociedad contemporánea quizás sí: quizás sea hoy en la cultura popular que se alojen “la curiosidad y el interés político”, que ya no se encuentran en “los sectores más responsables de la vida pública”. Quizás el futuro como algo distinto perviva en “la gente [que] puede, en lo que queda de sus vidas privadas, alimentar nuevas normas críticas y creadoras” (p. 374).

### 3) Las masas en Wright Mills y Marcuse

En *La elite del poder*, de 1956, Charles Wright Mills afirma que la “comunidad de públicos” de comienzos de la modernidad se va transformando, en el capitalismo avanzado, en una “sociedad de masas”. Su distinción conceptual fundamental es entonces, al igual que en autores anteriores, aquella entre masa y público, a los que sin embargo define de modo particular. En su mirada, un público es aquella situación que presenta las siguientes cuatro características: a) son muchos los que hablan y también son muchos los que escuchan; b) toda persona que escucha tiene la posibilidad de replicar directa e inmediatamente; c) las contestaciones por parte del auditorio pueden convertirse en acción con prontitud -incluso en contra del sistema de autoridad dominante-; y d) aún las instituciones autoritarias no pueden influir fácilmente en el debate en públicos -lo que muestra que los públicos son suficientemente autónomos-. Por su parte, en el estado actual de la sociedad de masas, las características son casi opuestas: a) son uno o pocos los que hablan, y el resto de las personas escuchan; b) los que escuchan no puede replicarle a quien habla de manera fácil -de hecho a veces es casi imposible-; c) existen mecanismos de control que dificultan la transformación de la réplica de los que escuchan en

acción; y d) las instituciones de la autoridad penetran en la masa suprimiendo la autonomía de las bases en la formación de opiniones.

De esta dicotomía tetradimensional que marca el contrapunto entre el público y la masa, la dimensión más importante es la segunda. Así, se extiende Mills acerca de los medios de comunicación masivos, estructura basal de la sociedad de masas: “Las condiciones técnicas de los medios de comunicación, al imponer una proporción menor de oradores para los oyentes, restringe la posibilidad de contestar. Reglas oficiosas, fundadas en la sanción convencional y la estructura extraoficial que dirige la opinión, pueden resolver quién debe hablar, cuándo y por cuánto tiempo. Dichas reglas pueden o no estar relacionadas con reglas oficiales y sanciones institucionales que gobiernan el proceso de la comunicación. En el caso extremo, puede concebirse la idea de un monopolio absoluto de la comunicación en grupos cuyos miembros no pueden contestar siquiera privadamente” (Wright Mills, 1987 [1956]: 282). Efectivamente, los medios masivos suelen constituir monopolios o cuasimonopolios, asociados al mercado, lo cual redundaría en que la enunciación se concentra en menos manos -o bocas-, y por ende también se achica la capacidad de traducir la contestación en acción contestataria. En otras palabras, los medios masivos obstaculizan la emergencia de acción social con orientación crítica, rebelde o revolucionaria.

La otra dimensión importante a este respecto, de las cuatro delineadas más arriba, es la cuarta. Así, preocupa a Mills, en el marco de la sociedad de masas, el “grado en que la autoridad institucional, con sus sanciones y restricciones, penetra en el público. Aquí, el problema es la medida en que el público es realmente autónomo frente a la autoridad instituida. En el extremo [...] el público se ve forzado, por miedo, a adoptar la uniformidad de opinión, mediante la infiltración de informadores y la universalización de la sospecha. [...] En el extremo, la estructura oficial del poder coincide con la marca oficiosa de la influencia a través de la discusión, y la suprime” (p. 283). No es que en la sociedad de masas de la modernidad contemporánea no haya más públicos, sino que los públicos se ven modificados en un punto clave: pierden la autonomía que los caracterizaba. La estandarización y homogeneización que implica la estructura concentrada de los medios masivos genera audiencias con opiniones más uniformes, lo que dificulta la diferencia de ideas y el consiguiente debate controversial en torno suyo. De nuevo, lo que está en juego es una reducción de la crítica: ya no sólo de la acción crítica, sino de la discusión crítica misma, que es su lógico paso previo. Esto es precisamente lo que señala Mills: el reemplazo de la “argumentación” por la “estereotipación” de “emblemas y símbolos, ideologías y prejuicios”, producto de la concentración de poder en una “élite” -que conjuga en diversas “alianzas” poder económico, político, militar y

mediático-, con el efecto de su mayor capacidad para la “manipulación” del auditorio. Todo esto, a la par de una creciente “atomización” del pueblo, de la gente, de la masa, de los públicos mismos, que entonces tienen más difícil que antes el organizarse colectivamente para intentar transformar las cosas (p. 284-292).

En *Tolerancia represiva*, de 1965, Herbert Marcuse analiza la ideología de los medios de comunicación de masas en torno a la llamada “libertad de opinión”, y que suele defenderse en nombre de cierta noción de la “tolerancia”. Como bien explica el autor, la forma corriente de la tolerancia, en la “sociedad industrial avanzada”, es la de la “tolerancia pura”, abstracta, imparcial, o mejor dicho, que se presenta como aquella no toma partido. La tolerancia pura es aquella que, paradójicamente, tolera acciones y opiniones intolerantes y violentas, y que a la vez, por el contrario, reprime acciones y opiniones alternativas a las dominantes, por considerarlas “utópicas”. En este sentido, la tolerancia pura es en la misma medida una “tolerancia represiva”. No es verdadera libertad de opinión -pues excluye las ideas críticas-, sino al revés, esclavitud frente a lo dado -a lo que ayuda a naturalizar-. Esta “estructura antagonista de la sociedad” restringe las “reglas de juego” del debate de ideas. Protege “palabras falsas” y “hechos injustos”, impidiendo así la circulación generalizada de elementos que movilicen a la transformación social “cualitativa”.

Entonces, el camino hacia la auténtica “*humanitas*” -hacia una humanidad más humanista o sencillamente más humana- no es para Marcuse la noción corriente de tolerancia -que lleva a tolerar y aceptar cabizbajo lo que hay, porque se ha sido convencido de que nada puede hacerse-, sino, mucho más radicalmente, la “crítica hereje” respecto del “sentido común” mayoritario. Así, una “tolerancia liberadora” -por oposición a la represiva- es aquella que, como su exacto opuesto, tolera acciones y opiniones generalmente despreciadas, a la vez que no tolera las acciones y opiniones oficiales. Sus valores son justicia, libertad, expresión, pacificación, fraternidad: todos los que parecen haber desaparecido de la vida social en la sociedad industrial avanzada del capitalismo monopólico, las guerras constantes, etc. (Marcuse, 1977 [1965]: 105-123).

Veamos las palabras del propio autor acerca de las disímiles consecuencias de una tolerancia represiva y de una tolerancia liberadora en el campo de la educación -espacio clave de difusión de ideas y de naturalización de cosmovisiones-. “Los momentos, antes neutrales, sin valoración y formales, del aprender y el enseñar se tornan ahora políticos en su propio terreno y por su propio derecho: aprender, conocer y comprender los hechos y toda la verdad significa en todos los aspectos una crítica radical y una revolución intelectual. En un mundo en el que las capacidades y las necesidades humanas están inhibidas o invertidas, el pensar autónomo

lleva a un mundo al revés: contradicción y contraimagen del mundo establecido de la represión. Y esta contradicción no es sencillamente imaginada, no es sencillamente un producto del pensamiento confuso o de la fantasía, sino el desarrollo lógico del mundo dado y existente” (p. 121). En efecto: una educación en consonancia con la tolerancia represiva adoctrina a las generaciones en una cierta imagen del mundo establecido como no teniendo alternativas. En cambio, una educación liberadora presentaría “contraimágenes” del mundo, que den cuenta de sus “contradicciones”, de todo lo que en él hay de reprimido, y que, al fomentar en conjunto la “lógica” y la “fantasía”, pueda indagar en las posibilidades ya latentes en ese mundo oficial, en pos de su mejoramiento para los pueblos. Lo cual implica, sin dudas, ir en contra de lo sostenido por los medios de comunicación de masas.

### Conclusiones

Habíamos partido de la hipótesis de que este recorrido de lecturas, a lo largo de siete décadas, podía dividirse en tres grandes grupos: que entre las décadas de 1900 y 1930 se concentraron las más conservadoras, en la de 1940 las más socialdemócratas, y en las de 1950 y 1960 las más radicales. Veamos en qué medida esto es así, retomando los puntos centrales de cada planteo analizado.

Para Park la masa acrílica es lo opuesto de la opinión pública crítica, y en el medio de ambos se ubican los públicos realmente existentes, que pueden ser más o menos críticos según el caso; es que, para él, la crítica es el producto de la diferencia, que lleva a la discusión de opiniones, al debate teórico sobre ideas, y mientras que en los públicos hay diferencias, en la masa hay homogeneidad.

Según Ortega y Gasset, el hombre-masa posee una verdad orgánica y homogénea, dada su experiencia vivida de insatisfacción, mientras que la gente-bien posee la verdad teórica que sin embargo abre a múltiples debates partidistas. Entre medio de ambos se sitúa la opinión pública, que va legitimando los reclamos populares que luego reflexionarán los intelectuales. Si la masa popular es bromista, y el público aristocrático es serio, se trata entonces de una oposición entre rebeldía y crítica, dos motores distintos del cambio histórico.

Tanto para Park como para Ortega la dicotomía masa *versus* público es también la dicotomía de práctica *versus* teoría; ambos otorgan la máxima importancia a la controversia, aunque para Park ella es positiva y para Ortega negativa. Para Park la masa carece de toda racionalidad, pero para Ortega sí posee cierta razón histórica. Entonces, Park presenta una visión más conservadora de la masa, y Ortega una visión un poco más moderada. Podemos decir así que el de Park es un “conservadurismo ilustrado”, y el de Ortega un

“conservadurismo populista”.

Para Mannheim la sociedad de masas es bifaz: permite la formación de contracorrientes -la crítica desde las masas-, a la vez que requiere de planificación social desde arriba -una burocracia experta-: si el poder no da lugar a la crítica de las masas deviene dictadura de masas en vez de democracia de masas. Pero además hay una diferencia entre la crítica constructiva, planificada y responsable, y la crítica destructiva -la charla irresponsable: demagogia que moviliza a las masas en torno a sentimientos negativos e irracionales, o sea acrílicos-.

Según Lazarsfeld y Merton, los medios de masas controlados comercialmente manipulan a las masas al difundir versiones afirmativas del orden social que eluden su cuestionamiento. Así, los públicos masivos no cuentan con las herramientas críticas para hacerse preguntas estructurales sobre dicha imagen de la sociedad, porque la educación masiva solo otorga capacidades de comprensión superficial, pero no profunda, de los mensajes.

Por su parte, Riesman afirma que la prensa sí otorga herramientas de crítica, porque produce distancias respecto del orden circundante; aún los medios de masas no logran extinguir todo resquicio de intimidad personal, que es potencial fuente de divergencia respecto de su versión de las cosas -por ejemplo, en los grupos de aficionados sobre objetos culturales peculiares, opuestos a los industriales y estandarizados de consumo masivo-. Ocurre muchas veces que la cultura popular masiva produce objetos de consumo que plantean miradas heterogéneas sobre el mundo, por lo que el arte popular sí puede ser crítica -por ejemplo al fomentar círculos de crítica del gusto y pautas de consumo diversas-.

Estas tres miradas parecen conformar un *degradé*. En un extremo, para Lazarsfeld y Merton medios de masas, públicos de masas y educación de masas obturan la crítica por su carácter mercantil que corrompe la democracia social. A mitad de camino, para Mannheim la sociedad de masas posibilita la crítica democrática desde abajo, a la que desde arriba se le debe dar lugar para no ser dictadura, pero sin que ella tome las decisiones finales lo que derivaría en demagogia. En el polo opuesto, para Riesman los medios de masas son la herramienta misma que posibilita la crítica social, y la cultura popular masiva fruto de la democratización del gusto muestra múltiples ejemplos de objetos culturales críticos. En resumen, la perspectiva de Lazarsfeld y Merton podría denominarse “socialdemocracia ilustrada”, la de Mannheim “socialdemocracia experta-movilizada”, y la de Riesman “socialdemocracia populista”.

Según Wright Mills, en la sociedad de masas, la estructura concentrada de los medios de comunicación de masas en monopolios asociados al mercado achica la cantidad de oradores y amplía la de meros auditorios. Esto obstaculiza tanto la enunciación crítica -hay menos lugar

institucional para la contestación, por la cristalización de una élite del poder-, como la acción crítica -hay menos posibilidad de traducir el discurso crítico en acción contestataria, por la creciente atomización de las personas entre sí-.

Finalmente, para Marcuse los medios de comunicación masas obturan la crítica al moverse por una tolerancia represiva, que ayuda a naturalizar la sociedad violenta, y muestra como utópicas las alternativas sociales. Por eso, solo una tolerancia liberadora puede fomentar la crítica, al poner en cuestión el orden estatuido, y mostrar la viabilidad de prácticas más humanistas.

Tanto para Mills como para Marcuse, los medios de comunicación de masas dificultan la crítica -en un caso por su materialidad mercantilizada, en el otro por su ideología ilusoriamente libre-. De allí que los dos postulen la urgencia de incentivar ideas, discursos y actitudes críticas que conduzcan a una transformación social radical. Es que los dos son ubicables como perspectivas de “nueva izquierda”, que combina elementos ilustrados -la capacidad crítica ha sido arrancada del pueblo- con elementos populistas -necesidad de que el pueblo vuelva a hacerse con sus habilidades críticas a través canales alternativos, ya sea por el debate en públicos primarios, ya sea por la educación popular o la universidad libre-.

En conclusión: nuestra pregunta central era si la situación de masa -hombre-masa, medios masivos, sociedad de masas- habilita la crítica o bien la constriñe. Quienes afirman lo primero son las teorías con una tonalidad populista -porque el pueblo que conforma la masa tiene o mantiene su capacidad racional, reflexiva-. Quienes afirman lo segundo son las teorías con una tonalidad ilustrada -porque el pueblo no tiene o bien se le quitan las herramientas para proponer ideas alternativas y para discutir en profundidad sobre ellas-.

Así, una “teoría populista de las masas” sería la que afirma que el pueblo siempre puede ser crítico, a pesar de condiciones socioinstitucionales desfavorables; por el contrario, una “teoría ilustrada de las masas” sería la que afirma que, en condiciones socioinstitucionales desfavorables, la capacidad crítica solo puede refugiarse en los sectores que se aíslan de los medios masivos y los públicos masivos: sectores intelectuales, grupos contraculturales, movimientos contestatarios, etc. O sea que podemos reagrupar a las siete miradas aquí analizadas en estos dos grandes grupos: Ortega y Riesman en el polo populista, Park y Lazarsfeld/Merton en el polo ilustrado, y Mannheim, Mills y Marcuse en un espectro intermedio que combina elementos de ambos extremos.

Llamativamente, igual, hay algo que todas las perspectivas parecen tener en común a pesar de su variedad: la idea de que la crítica solo es posible donde hay diferencia de opiniones, en otras palabras, donde hay debate, discusión, argumentación, controversia.

### Bibliografía

- Lazarsfeld, P. F. y Merton, R. K. (1948), "Mass communication, popular taste, and organized social action", Bryson, L. (ed.), *The communication of ideas*, Institute for Religious and Social Studies, Nueva York.
- Mannheim, K. (1969) [1940], *El hombre y la sociedad en la época de crisis*, La Pléyade, Buenos Aires.
- Marcuse, H. (1977) [1965], "Tolerancia represiva", Marcuse, H, Wolff, R. y Moore, B., *Crítica de la tolerancia pura*, Editora Nacional, Madrid.
- Ortega y Gasset, J. (1961) [1937], *La rebelión de las masas*, Austral, Madrid.
- Park, R. E. (1996) [1904], "La masa y el público. Una investigación metodológica y sociológica", *Revista Española de Investigación Sociológica*, 74: 361-423.
- Riesman, D. (1968) [1950], *La muchedumbre solitaria*, Paidós, Buenos Aires.
- Wright Mills, C. (1987) [1956], "La sociedad de masas", *La elite del poder*, Fondo de Cultura Económica, México.